

Reseñas

Razas en conflicto. Perspectivas sociológicas.

Alberto RIESCO

Barcelona, Anthropos, 2002.

En el mundo occidental nos hemos topado durante mucho tiempo con una aproximación a la relación entre *significante* y *significado* que podríamos catalogar de ingenua. Se trata, ésta, de una visión un tanto esencialista del lenguaje y del mundo que postula la existencia en el *significante* de una serie de cualidades innatas, de las cuáles se deriva un *significado*, cuanto menos necesario, que es transportado entre algodones por el lenguaje.

En el ámbito de las ciencias sociales este proceder se ha traducido a menudo en una dolorosa escisión entre *ser* y *lenguaje*, *palabras* y *cosas*, atribuyendo a estas últimas la exclusividad del estatuto de *realidad*. De manera consecutiva, tendemos a pensar que todo cambio o innovación en el campo de la teoría sociológica es consecuencia, necesariamente, de una transformación, más o menos intensa, de lo que solemos entender por «realidad social». No cabe duda de que esto es así la mayoría de las veces. Sin embargo, no son pocas las ocasiones en las que los cambios de *paradigma* en las ciencias sociales disfrutan complicándonos las explicaciones al uso, obligándonos a añadir otros aspectos y posibilidades. Tendemos a olvidar, por ejemplo, que muchas veces no se trata tanto de que la realidad haya cambiado hasta tal punto como para invalidar nuestros instrumentos analíticos, como de que dichos instrumentos de análisis eran, desde el primer momento, incapaces de dar cuenta de la realidad estudiada o capaces de hacerlo únicamente de manera fragmentada y precaria. Las cíclicas crisis y radicales adioses que recurrentemente añaden una nota de color a la literatura sociológica, parecen reflejar, en estos casos, no tanto la crisis de tal o cual realidad, como la inconsistencia de nuestras herramientas teóricas y metodológicas.

El caso quizá más significativo de los últimos tiempos sea el de la «crisis» del trabajo, que más allá de los efectos innegables derivados de una serie de mutaciones profundas en lo que a él se refiere, refleja, ante todo, la crisis de la sociología

que ha tratado de dar cuenta de él. Algo semejante se me antoja pudiera ocurrir en lo que a la dimensión RAZA/ETNIA se refiere.

Aunque de manera menos intensa a lo vivido durante las décadas de 1960 y 1970 con el auge del Movimiento por los Derechos Civiles y el Movimiento Negro —en un sentido amplio: feminista, de reivindicación cultural...— en los EE.UU., hoy por hoy seguimos viviendo —sobre todo en buena parte de la literatura sociológica anglófona, más concretamente norteamericana— una efervescencia de los denominados «racial/ethnics studies», haciéndose tal hincapié en las relaciones interculturales e interraciales, en el «choque de culturas», en las luchas en torno a la identidad, etc., que no falta quien ha visto en los conflictos interétnicos una especie de reformulación de la «cuestión social» en las «sociedades postindustriales» (véase Michel Wieviorka, texto n.º 20 de la selección).

Las sociedades occidentales, se encuentra inmersas en procesos de cambio profundos difíciles de ignorar y cuya importancia queda patente en la actual revitalización sociológica de la variable RAZA/ETNIA: la «derrota» del movimiento obrero tradicional y de los proyectos políticos centrados, casi de forma exclusiva, en la dimensión de *clase*; el auge de luchas consideradas hasta entonces «minorías étnicas» ciertamente mayoritarias, etc.; las mutaciones en el propio «mundo del trabajo» que han desarmado a la *crítica social* tradicional y desactivado los modos clásicos de abordar el mundo; los famosos procesos de globalización en todos los ámbitos; la emergencia de espacios supra e infra nacionales que pasan a imbricarse con el propio Estado-nación redefiniendo el papel ocupado por éste último; los procesos postcoloniales; etc. Sin embargo, no deja de sorprender dicho énfasis en las dimensiones raciales/étnicas precisamente en un momento histórico como el actual donde, pese a lo que suele creerse, el grado y la intensidad de los desplazamientos migratorios, así

como la *violencia* de los contactos interraciales, no son especialmente significativos (sobre todo en comparación con otros períodos). Es por ello por lo que, tal y como decía más arriba, uno se siente tentado a pensar que el actual énfasis en lo racial/étnico no se deriva únicamente de cambios acacidos en eso que generalmente se entiende por «realidad social» o, más concretamente, en las características de las relaciones interétnicas¹.

Es en relación con todo esto donde reside el que constituye el mayor aporte de la selección de textos realizada por Eduardo Terrén. A través de la veintena de textos recogidos y ordenados cronológicamente —del texto de Tocqueville de 1841 con el que se abre el libro, al texto de Wieviorka de 1997 con el que se cierra— podemos constatar, en primer lugar, que la preocupación por las relaciones interraciales se encuentra ya presente, con distintos grados de intensidad, en los comienzos de la teoría social. llaman a este respecto especialmente la atención los textos recogidos de algunos de los *padres fundadores* de la sociología como Georg Simmel (texto n.º 3) y Max Weber (texto n.º 5). Si bien son aspectos que no deberían sorprender dado que, al fin y al cabo, son coherentes con la preocupación de la sociología clásica por los procesos de modernización y cambio social ligados al despliegue del capitalismo industrial: ¿cómo pretender dar cuenta de una sociedad caracterizada por la radicalización siempre creciente de la movilidad y de la velocidad de circulación de personas, palabras y cosas, sin prestar atención a los flujos migratorios y a la interacción entre culturas no siempre cercanas? ¿Cómo obviar la dimensión de «gran movilizador» del capitalismo?².

En segundo lugar, la heterogeneidad de la selección de textos recogidos nos permite reconsiderar el propio recorrido del concepto RAZA/ETNIA en las ciencias sociales, aproximándonos a los debates que han acompañado y condicionado el uso de dicho concepto. Frente a las lecturas de los conflictos raciales que nos los presentan como resultado de una serie de *perjuicios* innatos ante *lo extraño*, es necesario enfatizar los mecanismos —no sólo intelectuales— que han permitido configu-

rar una visión *racializada* del mundo. La existencia de diferencias fenotípicas objetivas no basta para que éstas adquieran categoría explicativa de las relaciones sociales. Transitar el conjunto de textos que nos propone el libro nos aporta elementos útiles de cara a pensar dicha racialización de nuestros marcos de análisis.

Podemos, por ejemplo, atisbar los primeros discursos sociológicos dotados de la voluntad de una explicación racial de la sociedad desde una perspectiva biologicista, discursos en los que la influencia del positivismo en las ciencias sociales es palpable. Se trataba de una igualación RAZA/NATURALLEZA que inmovilizaba las identidades raciales/étnicas y servía como coartada de las prácticas coloniales y segregacionistas de la época (véase, por ejemplo, el texto n.º 2 de Ludwig Gumplowitz sobre la *lucha de razas*). Posteriormente, la explicación de las relaciones interraciales irán distinguiendo *lo natural* de *lo cultural*, por más que no en pocas ocasiones lo cultural/social aparece igualmente petrificado, constituyendo en la práctica (aún hoy) una especie de segunda naturaleza inamovible que permite, por ejemplo, hablar de culturas más integrables que otras, por no decir directamente inintegrables. La naturalización de la cultura se explicitó, quizá como en ningún otro lado, en las propuestas de la escuela sociobiologicista (texto n.º 16 de Peter Van Den Berghe), que tuvo al menos el mérito de explicitar lo que, de manera implícita, ha sido práctica corriente en las ciencias sociales de ayer y de hoy: la reificación y esencialización de la cultura.

El libro recoge igualmente los debates sobre los intentos de explicación *psicologicista* del conflicto racial en términos de configuración de personalidad autoritaria del individuo (texto n.º 12 de Adorno y Horkheimer), así como las propuestas posteriores de afrontar el *perjuicio racial* en términos grupales y no individuales (texto n.º 13 de Herbert Blumer); el debate sobre la importancia de la categoría RAZA/ETNIA como mecanismo de estratificación social y su conexión (para algunos subordinación) con respecto a otros dispositivos estratificadores como la clase (textos n.º 11 de

¹ El caso del Estado Español —y, posiblemente, de la mayoría de países del Sur de Europa— no constituye sin duda el mejor ejemplo de cuando aquí estoy diciendo, pues en él, la preocupación generalizada por las dimensiones raciales y los movimientos migratorios, es incomprensible sin hacer referencia a la modificación de su estatuto de país *emisor* a *receptor* de flujos migratorios transnacionales.

² Igualmente, ¿cómo no ampliar la mirada sociológica sobre el capitalismo al proceso de desarrollo urbano que acompañó al despliegue del primero? Esta preocupación encontró una formulación explícita entre los estudiosos ligados a la Escuela de Chicago —por ejemplo en Louis Wirth (texto n.º 7) y Robert Park (texto n.º 8)—, muchos de los cuales pusieron en relación las propias relaciones interétnicas con determinados procesos de segregación social y espacial.

Oliver Cox, n.º 15 de Eona Bonacich) o el género (texto n.º 18 de Floya Anthias y Nira Yuval-Davis); o el debate acerca del resurgimiento actual de lo racial/étnico y la importancia en las sociedades actuales del conflicto interracial como motor del cambio (textos n.º 19 de John Rex y n.º 20 de Michel Wieviorka), etc.

Las potencialidades propias de la configuración heterogénea de la selección de textos incorporan, sin embargo, a modo de *daño colateral*, cierto confusiónismo en el lector, que se ve enfrentado a textos a veces muy desiguales, dotados de estilos, propuestas y perspectivas diferentes que corren el riesgo de despistarle. Dicho riesgo —paliado en parte al gracias prólogo del compilador, quien nos ayuda a contextualizar cada texto en su momento histórico— parece difícil de eludir en este tipo de selecciones bibliográficas que, más que lanzar un cuerpo teórico plenamente propositivo y coherente, aspira a dar cuenta de las diferentes aproximaciones y debates que ha suscitado determinado fenómeno. Siendo este el objetivo perseguido en el libro —y siendo consciente de lo necesariamente limitada que resulta toda selección, la cual se ve forzosamente obligada a dejar cosas fuera—, sí que se echan en falta algunas aportaciones recientes —provenientes de nuevo en su mayoría del ámbito norteamericano— a la cuestión de las relaciones raciales que han adquirido cierto protagonismo en las ciencias sociales contemporáneas: pienso, sobre todo, en los *estudios chicanos*, en el movimiento feminista negro y chicano (escasamente recogido en el libro), el llamado pensamiento mestizo, las teorías sobre movimientos migratorios transnacionales, etc. Carencia que no desmerece el conjunto del libro y que constituye quizá una buena excusa para la preparación de un segundo volumen.

Me gustaría finalizar señalando que durante mucho tiempo las ciencias sociales se han visto

atrapadas en un discurso ciertamente torpe que ha tratado de pensar la especificidad histórica de nuestro tiempo apoyándose únicamente en análisis de *clase*, poniendo el énfasis en una más que restringida esfera de lo *económico* que ha sido incapaz de comprender que la tendencia de las sociedades capitalistas a expresar en términos económicos las relaciones sociales, no implica negar la importancia de dichas relaciones sociales «no-económicas», sino más bien todo lo contrario, nos obliga a ponerlas en primer plano para tratar de comprender cómo se articulan unas y otras, tratando de atisbar las especificidades de dicha articulación con respecto a otros tipos de sociedades y a otros momentos históricos. Sólo así lograremos hacer que unos fenómenos nos hablen de otros y las diferentes propuestas sociológicas escapen de una supuesta especialización que no esconde sino puro autismo e incapacidad ante cualquier esfuerzo por aproximarse a la realidad social que exceda el mero ejercicio contable. El problema no reside en atender a las dimensiones raciales/étnicas de los fenómenos, sino en ser capaz o no de salirse de ellas apoyándose, sin embargo, en ellas. Entiendo que es esto lo que hace el propio Simmel cuando nos presenta la *extranjería* como una *forma de interacción*, es decir, como un modelo de estructuración de las relaciones sociales y no, por lo tanto, como un atributo exclusivo, pongamos por caso, del inmigrante, sino del tipo de vinculación que puede éste establecer con nosotros. Es a partir de ese momento cuando hablar de *extranjería* implicará algo más que hablar de personas inmigrantes, permitiéndonos encontrar en la inmigración un espejo amplificador en el cual pensar nuestra propia sociedad y el conjunto de relaciones que la componen.

Alberto RIESCO SANZ

